

Domingo 1 enero 2023
El Evangelio de Santa María Madre de Dios

Lc 2,16-21

Se le dio el nombre de Jesús

En la reforma litúrgica ordenada por el Concilio Vaticano II la fiesta de la Maternidad Divina de María, que se celebraba el 11 de octubre, se trasladó, con rango de «Solemnidad», al primer día del año. Fue una decisión inspirada, porque de esta manera todo el año queda puesto bajo la protección de la Virgen María y el misterio de Cristo queda contemplado a la luz de la primera y más sintética expresión que encontramos en el Nuevo Testamento: «Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4,4).

La fecha anterior, 11 de octubre, también era significativa. La decidió el Papa Pío XI en el año 1931, cuando se celebró el XV centenario de la conclusión del Concilio de Éfeso. En ese Concilio se consagró la estrecha e indisoluble relación entre el misterio de la Persona divina de Jesucristo –el Hijo, segunda Persona de la Santísima Trinidad– y el misterio de la maternidad divina de María. La afirmación decisiva de ese Concilio se refiere a Jesucristo y declara como dogma: «La divinidad y la humanidad, por cierta secreta e inefable unión, concurren en una sola Persona, de manera que Uno es Señor y Cristo e Hijo». Y, dado que nacer es una acción de la Persona y en el caso de Jesucristo la Persona es el Hijo, Dios, agrega ese Concilio: «(Los padres conciliares) no dudaron en llamar a la Santísima Virgen “Madre de Dios”». Desde entonces, este es el nombre con que el pueblo cristiano la llama con más frecuencia: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...». Ella es la mujer a la cual se refiere San Pablo cuando dice que «Dios envió a su Hijo nacido de mujer».

Era conveniente, además, ubicar esta Solemnidad de la maternidad divina de María como conclusión de la Octava de Navidad, para que comprendamos que quien nace de ella en Belén es el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios mismo.

El Evangelio de este día tiene como protagonistas a los pastores que velaban sus rebaños en los campos de Belén, cuando nació el Señor. Ellos «fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel

Niño». Para saber lo que se les había dicho sobre ese Niño es necesario remontar más arriba. El mensaje que el Ángel del Señor les comunicó es breve, pero decisivo para toda la humanidad: «Les anuncio (les evangelizo) una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo, el Señor». Quien les habla así es el «Ángel del Señor»; al hablar del nacimiento en la tierra de un Salvador, que define como «Señor», está hablando del nacimiento en la tierra de su propio Señor, Dios. Esto es lo que se dijo a los pastores sobre el Niño que encontraron acostado en un pesebre (cuna de paja).

«Todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían». ¿Quiénes son los que estaban allí presentes para oír y maravillarse? El nacimiento de Jesús ocurrió de manera extremadamente discreta y oculta: «Lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue» (Lc 2,7). Nos basta con saber la actitud de la Madre: «María guardaba todas estas cosas contemplandolas en su corazón». Ciertamente, debió ver en lo que decían los pastores una confirmación de lo anunciado a ella por el Ángel Gabriel sobre su Hijo: «Será grande, será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre... el nacido santo, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,32.34). En un admirable Sermón, San Agustín afirma que, creyendo a ese anuncio, María «concibió a su Hijo antes en el corazón que en el vientre y respondió: “He aquí la esclava del Señor; hagase en mí según tu Palabra”» (Sermón 215,4). Por eso, ella fue aclamada por Isabel: «Bienaventurada la que ha creído» (Lc 1,45). El santo doctor agrega: «Creyó María y lo que creyó fue hecho en ella; creamos también nosotros para que lo que fue hecho aproveche también a nosotros» (Ibid.).

«Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto». Ellos no sólo habían oído la identidad del Niño nacido, sino también el canto de un coro del ejército celestial; y no sólo vieron un Niño acostado en un pesebre, sino también la gloria de Dios que los envolvió con su luz. ¡Era suficiente para glorificar y alabar a Dios! Verdaderamente, Dios revela estas cosas a los humildes.

«Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el Ángel antes de haber sido Él concebido en el seno». El nombre «Jesús» fue dado por Dios y transmitido a María por el Ángel Gabriel: «Concebirás en el vientre y darás a luz un Hijo a quien pondrás por

nombre Jesús» (Lc 1,31). ¿Por qué este nombre? Porque responde a su identidad. Ese nombre suena en hebreo «Jehoshua» y significa «el Señor (Jahweh) salva». Esa es su identidad, como anunció el Ángel a los pastores: «les ha nacido un Salvador, que es el Señor (Jahweh)», es decir, Dios mismo hecho hombre. Por eso, su madre es verdaderamente la Madre de Dios, como la confesamos en este primer día del año.

Hemos dicho en otra ocasión que la circunstancia «en el vientre» o «en el seno», que agrega Lucas al verbo «concebir» solamente en el caso de María, no es una redundancia y, por tanto, debe ser conservada en las traducciones. En efecto, el verbo «concebir» es contracción de «con-recibir» e indica la intervención de dos, un hombre y una mujer. No es así en el caso de Jesús. En este caso, aunque Lucas conserva el verbo concebir, aclara que ocurrió todo «en el seno» de María, sin intervención de varón. Ella «recibió en el seno» al Hijo de Dios hecho hombre. Por eso, ella es la Madre de Dios, como la confesamos en esta Solemnidad del primer día del año. Que todo el año transcurra para nosotros y para todo el mundo «bajo su amparo».

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles